

CAPÍTULO XXV.

(1865)

La "Legión Belga."—Llega á Morelia el "Regimiento de la Emperatriz Carlota."—Salida de los belgas hacia Tacámbaro.—Impiedad de los defensores de la religión.—¡Enemigo al frente!—Tacámbaro como plaza militar.—Alarma.—Prisión de la señora de Régules y de sus tres hijos.—Marcha de la División republicana.—Vivac en Cruz de Caminos.—El indio Acosta.—Las columnas de ataque.—El primer asalto.—El joven Jáuregui.—El coronel Luis Robredo.—El segundo asalto.—Toque de parlamento.—Infame traición.—El tercer asalto.—¡El incendio!—¡Locos de terror!—El martirio de una madre.—El sordo Molina.—El último asalto.—Régules en medio del exterminio.—La victoria.—¡Venganza!—El ángel salvador de los belgas.—Asesinato del Dr. Lejeune.—Un día de haber.—El hijo del Ministro de la Guerra de Bélgica.—¡Palabra de honor!

En el curso de este capítulo va á prestarme poderoso contingente un libro publicado por Ch. Loomans, sub-oficial belga que fué prisionero de nuestras tropas. La obra se titula "Ocho meses de cautividad entre los indios de México." Aunque el autor incurre en el vicio, común á muchos escritores extranjeros, de juzgar de las cosas y de los habitantes de México sin exacto conocimiento de causa, de llevarse de impresiones puramente personales, y además, se deja arrastrar con frecuencia del despecho que á él y á sus compañeros produjo la derrota que voy á narrar, contiene, sin embargo, revelaciones de grande importancia, datos curiosos y preciosas confesiones.

Los destacamentos belgas habían comenzado á llegar á México en fines de 1864. Al principiar el de 1865 estaba ya íntegra la legión. Tenía un jefe de primer orden, el tenien-

te coronel Van der Smissen, hoy general en jefe del ejército de Bélgica, y los oficiales eran excelentes. La legión belga, llamada también "Regimiento de la Emperatriz Carlota," fué enviada á Michoacán: parte tomó el camino de Zitácuaro y la otra avanzó hasta Morelia, á donde llegó el día 1º de Abril. Serían las once de la mañana cuando hizo su entrada, tambor batiente y flotando al viento la bandera. Los apuestos soldados llamaron la atención por su elevada estatura, su juventud, su gallardía y su marcial continente. No dejaba de ser parte en esta simpática impresión su uniforme, que consistía en pantalón corto y pelliza de paño azul, polainas blancas que subían hasta el extremo inferior del pantalón, y un sombrero de fieltro negro, de figura cónica, con un plumaje de vistosas plumas de gallo.

La columna se componía de dos batallones. Uno de éstos, al mando del mayor Tydgat, salió de Morelia rumbo á Tacámbaro en la mañana del 3 de Abril: marchó con ellos un escuadrón de dragones *mexicanos*, y llevaban un pelotón de artilleros con una pieza rayada. Al abandonar la plaza salieron por la calle que conduce á la garita de Santa Catarina, tocando sus clarines y tambores. Revelaban en sus semblantes el juvenil entusiasmo de los que piensan que van á cumplir gloriosos destinos.

Vencieron la primera jornada en Acuitzio. Los belgas y la artillería se alojaron en el cementerio, por estar sólidamente bardeado, aunque no había necesidad de esta precaución, supuesto que el enemigo estaba lejos.

En general los soldados extranjeros de la intervención no eran muy respetuosos que digamos con las cosas sagradas, no obstante que vinieron á México como defensores de la religión. Semejante conducta causó más de un desengaño.

Hé aquí cómo da cuenta el escritor belga de la llegada á Acuitzio:

"Acampamos en el cementerio, y para hacer nuestras fogatas nos apoderamos de todas las cruces de madera que había en los sepulcros..... Es demasiado iconoclasta el hecho; pero la verdad es que, sin tener en cuenta la devoción, quemamos las cruces de las sepulturas de Acuitzio, á fin de pro-

veernos en aquel lugar fúnebre de una agradable taza de café.”

Tres días permanecieron los belgas en aquella población, cuyo nombre les es hoy de grata memoria por haberse celebrado allí, ocho meses después, su canje con los prisioneros republicanos.

A las ocho de la noche del día 6 se mandó levantar el campo y marchar con el mayor silencio. La tropa penetró con bravura en la densa obscuridad de los bosques.

“¡Qué noche! dice el escritor belga: no se veían unos á otros los soldados. Marchaban como ciegos, chocando contra las ramas de los árboles, haciendo pedazos el calzado en las piedras de la ruta, estorbándose al andar.

“De repente se oyó un disparo!”

“El enemigo! Un enemigo invisible: los belgas experimentaron todas las sensaciones del peligro de lo desconocido. A la orden de cargar las carabinas sintieron como si hubiesen recibido un choque eléctrico. Por donde quiera se oían estas palabras: ahí está el enemigo!”

El clarín dió el toque de carga!

Los belgas se lanzaron con denuedo hacia delante empujándose en medio de las tinieblas, prorrumpiendo en gritos de entusiasmo, deseando cada uno ser el primero en disparar su arma. En aquella confusión arrollaron el piquete de artillería tan precipitadamente y con tal empuje, que artilleros, cañón y cajas de parque rodaron á una barranca; pero el campo quedó libre para batir al enemigo, á aquel fantasma que se presentaba en el profundo bosque de pinos. Llenos de cólera marcial, estaban ansiosos de escuchar el toque de fuego.

Sonó el clarín mandando hacer *alto*. Un oficial *mexicano* del escuadrón de caballería se presentó en medio de la columna y con voz de trueno exclamó que *no había enemigo!*

Algún cazador errante había disparado aquel tiro que causó la alarma, alarma que produjo en el jefe de la columna la persuasión de que contaba con soldados decididos y prontos al combate.

Al día siguiente (7 de Abril), los expedicionarios hicieron

su entrada en Tacámbaro y se instalaron en los portales de la gran plaza de la ciudad, entregándose á poco en brazos del sueño y de un reposo dulce y reparador. La jornada había sido fatigosa.

Estaba por fin ocupada aquella población, asilo hospitalario de las fuerzas republicanas.

Pero si aquella mansión es un verjel primoroso, en cambio como plaza militar no puede ser más detestable. Es casi un embudo, merced á las montañas y colinas que la rodean. Por tal motivo, nuestras tropas jamás esperaron al enemigo dentro de la ciudad, sino que le ofrecían la batalla en los alrededores. Los belgas han querido alegar esta circunstancia para atenuar su derrota del 11 de Abril, atribuyendo á perfidia del jefe que mandaba en Morelia haberlos enviado á Tacámbaro de guarnición. Acaso haya en efecto algo de verdad en este modo de juzgar; ni desmiento ni confirmo la especie; pero los *chinacos* no batieron la plaza desde los puntos dominantes. Penetraron en la ciudad y, á pecho descubierto dieron el asalto á las inexpugnables fortificaciones, colocándose los asaltantes dentro del mismo embudo en que se hallaban los defensores.

Apénas amaneció el día 8, cuando los belgas tomaron sus posiciones, ocupando la parroquia con sus dependencias, todo lo cual pertenecía al antiguo convento de agustinos. Ocuparon también una casa contigua y el atrio del templo, bajo la protección de un muro de dos metros de altura que aspillaron inmediatamente. Además, á otro día los soldados levantaron un segundo parapeto enfrente del atrio, completando así un buen sistema de obras de defensa. Entretanto, sus exploradores reconocían minuciosamente el terreno, dentro y fuera de la ciudad, “convenciéndose la tropa de que nada por allí tenía el aire de ocultar la serpiente bajo la hierba.”

Sin embargo, los belgas no estaban tranquilos, ni siquiera por las noticias exactas que tenían de que la única fuerza respetable de los disidentes, la que mandaba el general Régules, se había internado en el corazón de Michoacán y era activamente perseguida por el coronel, conde De Potier. Por

otra parte, en caso de ser atacados, podrían contar con el auxilio de las tropas imperiales de Morelia y más prontamente con el de las de Pátzcuaro que sólo dista de Tacámbaro unas catorce leguas.

No hay que olvidar que el "Regimiento de la Emperatriz" tenía el mejor armamento y que contaba con un gran depósito de municiones de guerra. Nuestras tropas, en cambio, estaban compuestas de soldados en una gran parte recién cogidos de leva, con poco y mal armamento y sin más parque que el que contenían las cartucheras.

Había, pues, motivo bastante para que la guarnición estuviese tranquila; pero vagos rumores, cuyo origen era desconocido y que, sin saberse por qué, tomaban más y más consistencia, hacían pensar á los belgas en un próximo peligro.

En la tarde del día 10 creyeron observar que los vecinos entraban en inusitada animación y formaban corrillos: no faltó quien dijese á los belgas que los chinacos tan pronto estaban á cien leguas de distancia, como, cuando menos se les esperaba, aparecían en las goteras de la ciudad.

De repente, en el interior del atrio, los caballos y acémilas de la fuerza comenzaron á relinchar y daban muestras de espanto, sin que hubiese causa para ello, lo cual entre los soldados es señal de que no está lejos el enemigo.

En virtud de semejante estado de alarma, las partidas de exploradores batieron de nuevo el campo y se retiraron sin novedad, replegándose, empero, dentro del recinto fortificado. Parecía como si el genio invisible del pánico, semejante á un vampiro siniestro, cerniese sus alas sobre los defensores de la plaza.

Entonces pasó un hecho que jamás podrán justificar los partidarios del Imperio.

Vivía en Tacámbaro la familia del general Régules, no habiendo podido permanecer en Morelia, porque en su odio contra los disidentes, nada perdonaban los jefes intervencionistas. La familia se componía de la Sra. Soledad Solórzano, esposa del general, y de sus tres hijos, Fidel, Juanita y Teresa. En mala hora había entre los belgas un médico militar,

el Doctor Lejeune, impresionable hasta la nerviosidad y precavido en toda la extensión de la palabra. Este hombre aconsejó al mayor Tydgat que se apoderase de aquella familia, conservándola dentro de la fortaleza, como una garantía contra todo ataque.

Advierto que en esta parte de la narración tomo los datos que suministra Mr. Ch. Loomans, en su libro ya citado, y repito que aquel escritor se hallaba formando parte de la fuerza belga, de guarnición en Tacámbaro. Para disculpar el atentado dice que aquella señora estaba señalada como sospechosa; que en su casa se encontraron algunas armas y monturas, y que interrogada sobre la procedencia de tales objetos, no quiso dar respuesta alguna. Como si en la casa de un general en campaña y en una población que servía de cuartel á sus tropas fuera extraño que hubiese algún material de guerra.

Tomada, pues, tan importante y necesaria precaución, ya pudieron los belgas dormir tranquilamente la noche del 10 de Abril de 1865, dentro de la iglesia parroquial de Tacámbaro.

Por su parte, Régules, á quien dejamos en el capítulo anterior trasponiendo el alto lomerío de Santiago Undameo ante la vista atónita de los morelianos, continuó su camino, y al anoecer se incorporó á su infantería que se encontraba en Atécuaro.

Desde Zinapécuaro había sabido que un regimiento belga se hallaba de Tacámbaro, y mientras los soldados de su División descansaban unas cuantas horas, estuvo dictando algunas órdenes: varios oficiales de su confianza, disfrazados de *ancheteros*, salieron de Atécuaro hacia Morelia y Tacámbaro.

El general emprendió la marcha á las once de la noche, y entre siete y ocho de la mañana del día 10 estaba en la Congregación de Cruz de Caminos, en aquel paraje agreste y solitario en que una naturaleza llena de majestad convida al silencio.

Allí vivaquearon nuestras tropas durante el día, y se recomendó á los soldados que durmiesen el mayor tiempo que

quisieran. A la hora oportuna se les sirvió un rancho abundante. En la tarde estaban ya todos despiertos. Los sargentos dieron el ejemplo de limpiar las armas, de surtir las cartucheras, de arreglar los *guaraches*. Aquellos preparativos anunciaban un grande acontecimiento.

A las siete de la noche, el general ordenó la marcha, y de nuevo se puso la tropa en movimiento. El terreno es montañoso; así es que el camino bajaba y subía por pendientes cubiertas de pinares. Los soldados comprendían que estaba próxima la hora del combate, y que en esta vez la lucha iba á ser terrible. En circunstancias como aquellas, los soldados por intuición saben, tanto como sus jefes, á dónde se dirigen, cuál es el enemigo con quien tienen que habérsela, y hasta adivinan el resultado de la lucha. Y sucede también generalmente que, cuando un ejército conoce que se va acercando la hora de dar la batalla, reina silencio en las filas y se camina más de prisa. Los soldados, aun los más valientes, experimentan una sensación que pudiéramos llamar dolorosa: cada uno siente en su alma presentimientos más ó menos vagos, y un cuadro completo de recuerdos se desarrolla en su memoria. Pero en aquella noche—la del 10 al 11 de Abril—se escuchaban las pláticas animadas y las risas alegres de los *chinacos*: de cuando en cuando una voz más alta exclamaba: *á Tacámbaro, á Tacámbaro!*

Faltaría media legua para llegar á la ciudad, cuando se acercaron al general unos exploradores acompañados del indio Acosta.

Acosta era el vigía que los republicanos tenían siempre situado en el rumbo Norte de Tacámbaro, para avisar la aproximación del enemigo, procedente de Morelia ó de Pátzcuaro. Acosta era un Argos. Bajo de cuerpo, de fisonomía en que se revelaba la pureza de la raza indígena. Era uno de esos hombres leales en la extensión de la palabra. No sólo servía por fidelidad, sino que había en su pecho un gran fondo de patriotismo, y en su alma mucha inteligencia. Los que estuvimos en Tacámbaro, durante la intervención francesa, debemos recordar con gratitud á cuántos peligros se expuso Acosta para dar un aviso oportuno y cómo lo veíamos llegar co-



SRA. SOLEDAD SOLÓRZANO DE RÉGULES.—1865.

rriendo, en solicitud del general en jefe; lo que nos servía para ensillar á toda prisa nuestros caballos y estar en espera de órdenes. Una vez sucedió que el enemigo se aproximaba á todo correr. Acosta comprendió que no tenía tiempo para bajar á Tacámbaro, y desde la Mesa se puso á hacer señales con su frazada y su sombrero. No faltó quien lo viera, y la sorpresa no se llevó á cabo.

Volvamos á la narración. Acosta llegó con los exploradores á donde estaba el general Régules con sus ayudantes. La voz del indio temblaba de cólera.

—Señor, le dijo, los belgas tienen presa á la señora y á los niños de usted: están dentro de las trincheras.

Un grito de indignación se escapó de los labios de los presentes. La voz serena del general preguntó:

—¿Cuántos son los belgas? ¿Qué armamento tienen? ¿Cómo están las fortificaciones que han construído? Dímelo todo; después hablaremos de Chole.

—Los belgas son trescientos; hay además ochenta dragones de los traidores, y tienen una pieza rayada. Están alarmados porque no conocen el terreno, pero no tienen miedo de batirse. En cuanto á su armamento es magnífico. Antier que fué día de *tianguis* había mucha gente en la plaza, y los belgas se paseaban en grupos: yo, haciéndome disimulado, me acerqué á una de aquellas escoltas de *gringos*, les ofrecí un traguito de aguardiente, y la verdad que no se hicieron del rogar; repitieron las copas, y cuando estaban ya muy alegres, les pedí prestada una de sus armas para verla detenidamente. Mi curiosidad les pareció tan sencilla que no pusieron obstáculo y pude examinar sus carabinas que son de gran finura, muy ligeras y todas nuevecitas. Los belgas me dijeron que tienen más alcance que los fusiles de los franceses. ¿Qué buenas están para usted, mi general! Lo del largo alcance sólo puede asustar á los que se ponen lejos ¿ó nó, mi general?

Régules no pudo menos de sonreír al escuchar estas palabras del indio, no obstante los encontrados pensamientos que bullían en su alma, viendo presentarse la victoria con el sacrificio de la inocente familia aprisionada. En tanto, los jefes

de la División que habían ido llegando, unánimes suplicaron á Régules que desistiese del ataque proyectado, á fin de no comprometer la existencia de aquellos seres tan queridos. La luna se había ocultado en aquel momento entre las nubes. Nadie pudo ver el semblante de aquel hombre. Sólo se oyó su voz firme y tranquila que mandaba:

—Adelante!

Más de doscientas leguas había recorrido el general Régules en la marcha triunfal que queda referida. Estaba ahora enfrente de Tacámbaro, punto de partida, y objeto final de su expedición.

Iba á librar tremendo asalto contra una tropa compuesta de soldados que deseaban el combate, ansiando medir sus armas contra los terribles chinacos, contra los guerrilleros á quienes su imaginación convertía en paladines fantásticos; y en su ambición de gloria, ambicionaban los belgas sobrepasar á los franceses en disciplina y valentía. Provistos de abundantes provisiones y de gran cantidad de parque, y parapetados en inexpugnable y sólido edificio, esperaban la hora de la pelea.

Esta hora iba acercándose por momentos: de nuevo los jefes subalternos de Régules le instaron que cambiara su itinerario, dirigiéndose sobre alguna otra de las poblaciones ocupadas por el enemigo. Le hacían patente el riesgo á que iba á exponer á su esposa y á sus hijos, encerrados en el interior del recinto fortificado. El general contestó:

—Señores, á su puesto; todos á cumplir con su deber. Primero es la patria!

Se organizaron las columnas de ataque. Eran cuatro, mandadas por los coroneles Luis Cáceres, Luis Robredo, José María Méndez Olivares y teniente coronel José Vicente Villada. Los caminos de Pátzcuaro, Ario y Morelia quedaron cubiertos por la caballería, mandada por el coronel Miguel Eguiluz, por Garnica y por el teniente coronel Espiridión Trejo.

Había amanecido el día 11. Quien quiera que desde la plaza de Tacámbaro hubiese tenido fija la mirada en la Mesa, habría podido divisar la vislumbre de las bayonetas y la masa

obscura y compacta de nuestras tropas formadas en lo alto de aquella colina.

A las cinco de la mañana, el estallido del cañón despertó á los belgas que dormían tranquilamente, y que se levantaron de un brinco. Aún duraba el eco del disparo, repercutiéndose en los montes vecinos, cuando se dejó oír el segundo cañonazo, que hizo saltar algunas de las piedras de sillería de la truncada torre de la parroquia.

Las avanzadas de los belgas se replegaron á la vista de los primeros chinacos que aparecieron en las calles. Eran éstos los tiradores mandados por el comandante Jesús Villanueva que avanzaba explorando el terreno.

Al mismo tiempo, las columnas de infantería descendían de la Mesa, con el arma en el brazo, impetuosas como un torrente desbordado. Se dejó oír un grito inmenso: "¡Viva México!"

Los belgas se concentraron en el atrio de la parroquia y en una casa próxima. Sus tiradores ocupaban la torre.

La primera columna de asalto de las tropas republicanas, desembocó frente á las fortificaciones, apareciendo por la esquina de la calle paralela á la fachada de la iglesia.

Entonces el mayor Tydgat dijo á uno de sus oficiales:

—Capitán de Lannoy, creo que la compañía de usted bastará para derrotar á esa *canalla*. ¿Lo oye usted?

—Ciertamente, mayor; y dirigiéndose á sus soldados exclamó:

—Mis amigos, pongámonos á la altura de la misión con que se nos honra. Adelante, ¡á la bayoneta!

La compañía se lanzó fuera de la iglesia como un torbellino. Furiosos, con la cabeza inclinada, á paso de carga, corrieron los belgas al encuentro de los republicanos.

El encuentro fué espantoso. A los disparos de la fusilería, al ataque que inmediatamente se siguió al arma blanca, los hombres caían como soldados de plomo: el suelo se teñía de sangre; se oían horribles maldiciones.

Entretanto seguían bajando las otras columnas de Régules: á los belgas les pareció que aquellos mil quinientos infantes era un ejército incontable, que llegaba como una marea creciente.